



## PRESENTACIÓN

La vida humana puede ser insatisfactoria en muchos sentidos: somos seres finitos, con límites biológicos aparentemente insalvables: nadie es eterno en el mundo, como la vejez, la enfermedad y la muerte se encargan de recordarnos cada día. A eso se suman limitaciones cognitivas, tribulaciones emocionales y todo tipo de situaciones azarosas que escapan a nuestro control y terminan determinando mucho de lo que nos sucede durante nuestra corta existencia. Frente a este *memento mori*, la filosofía occidental se propuso, casi desde sus orígenes, proporcionarnos el acceso a verdades duraderas, a un conocimiento cierto, a una sabiduría, en suma, que pudiesen superar nuestra insatisfactoria condición.

No obstante, en contraste con esta promesa de felicidad se levantaron desde el principio movimientos de crítica y corrección que trataron de poner en evidencia, o bien las limitaciones de nuestras capacidades cognoscitivas, o bien la falta de fundamentos sólidos de la argumentación filosófica, poniendo en cuestión la posibilidad de acceder a algo más que frágiles apariencias u opiniones. El escepticismo, con diversas modulaciones y variedades, ha examinado y refutado los diferentes dogmatismos filosóficos y apasionados entusiasmos ideológicos casi desde el comienzo, y aunque ha habido momentos más sensibles que otros a los argumentos escépticos, como el período helenístico o los inicios de la Modernidad, nunca han faltado voces que pusieran en cuestión la aspiración humana, demasiado humana, a un saber divino.

Pero, no todo impulso crítico puede considerarse escéptico, puesto que esa generosidad en la definición del concepto, que a menudo prima en el lenguaje ordinario, lo vaciaría de sentido. Así, todo el mundo parece saber qué es ser escéptico, pero si tratáramos de responder a la pregunta: ¿qué caracteriza al escepticismo filosófico? quizá nos veríamos en problemas para dar una contestación satisfactoria. Lo que parece indudable es que, en Occidente existe una tradición más o menos reconocible de autores, métodos y argumentos escépticos que inició en la Antigüedad con dos corrientes diferenciadas: la de los seguidores de Pirrón, conocidos como pirrónicos, con Sexto Empírico a la cabeza, y la de los miembros de la Academia de Platón, en el período en que

fueron sus líderes Arcesilao y Carnéades. Una vez traspasamos el umbral de la Antigüedad, sin embargo, los bordes de la tradición se vuelven más difusos: aunque reconocemos nombres de autores considerados escépticos —Michel de Montaigne, Pierre Bayle o David Hume, para decir los más obvios— y, aunque podemos determinar corrientes filosóficas de corte más o menos escéptico —como el fideísmo religioso o el probabilismo científico de algunos modernos—, ya no tenemos escuelas escépticas bien definidas sino que la tradición se dilata e hibrida con otras corrientes filosóficas hasta explotar en una multiplicidad de perspectivas. Escepticismos radicales compiten con moderados, metafísicos con científicos, epistemológicos con prácticos. Sin embargo, todos estos escepticismos modernos y contemporáneos comparten algunos presupuestos de las escuelas antiguas: la convicción de que la filosofía se nutre de la duda y el cuestionamiento permanente, de que las empresas metafísicas son fútiles y de que la opinión es lo máximo a lo que podemos aspirar en una vida finita y frágil.

Por eso, aunque en este número atenderemos a un orden cronológico para presentar los artículos que hemos recogido, cada una de las contribuciones atiende a un ámbito distinto del escepticismo: la epistemología, la metafísica, la política y la moral. Asimismo, los artículos recogen tanto argumentos escépticos como las críticas que desde algunas corrientes se han hecho al escepticismo (es decir, argumentos antiescépticos), y el cuestionamiento del “canon” del escepticismo filosófico, para incluir nuevas figuras antes no consideradas como parte de este.

Comenzamos con el artículo de Carolina Sánchez que indaga en la afirmación de Diógenes Laercio y otros autores de la Antigüedad según la cual Jenófanes sería el padre del escepticismo. La autora se centra en los testimonios de Diógenes Laercio, Sexto Empírico y la doxografía patrística para concluir que hay buenas razones para pensar que Jenófanes sostenía una postura escéptica, al negar tanto el criterio de verdad sostenido por los dogmáticos, como la atribución de cualidades humanas a los dioses. Para la autora, incluso las opiniones de Jenófanes sobre teología, que han sido enfatizadas por quienes encuentran en el pensador presocrático una suerte de optimismo epistémico contrario al escepticismo, en realidad pueden ayudar esclarecer sus vínculos con el escepticismo, y a concluir que, para Jenófanes, en últimas, no es posible aspirar al conocimiento, sino que solo podemos tener opinión.

En segundo lugar, Alfonso Correa Mota nos ofrece una interpretación novedosa de un problema de traducción que ha ocupado recientemente a los especialistas en escepticismo antiguo, a saber, si el fragmento atribuido a Aristocles sobre los pirrónicos debería

conservarse en su formulación inicial: “todo es desconocido y *convencional* para todos”, o debería cambiarse, como lo han sugerido algunos autores, a “todo es desconocido e *indeterminado* para todos”. Su tesis es que el término “convencional” es una metonimia de “relativo”, término que se adecúa especialmente al pirronismo sostenido por Enesidemo. Por tal razón, la terminología inicial debe ser conservada: el uso de “convencional” permite a Aristocles armonizar las diversas posturas históricas del pirronismo, de modo que su crítica se extienda a dos corrientes distintas: la original, con Pirrón de Elis, y la representada por Enesidemo.

Para cerrar la sección inicial sobre el escepticismo antiguo, el texto de Jorge Ornelas y Andrea Lozano se acerca a una cuestión que ha cobrado renovado interés últimamente en el campo de estudios del escepticismo antiguo. En concreto, según los autores, una objeción clásica al pirronismo es la de su inmoralidad: el escéptico pirrónico propone un modo de vida éticamente minimalista, sin compromisos morales de ningún tipo. Tal cosa puede entenderse de dos maneras: una, más superficial, que interpreta la ausencia de comportamientos éticamente relevantes del pirrónico como algo debido a cuestiones circunstanciales, a factores externos. La otra, más profunda, entiende que el escéptico de esta corriente carece de carácter moral y dicha falencia parece afectar a la viabilidad del escepticismo como una posición humanamente aceptable. El artículo concluye con observaciones críticas a algunas propuestas de solución reciente a la objeción del inmoralismo pirrónico, pues a juicio de los autores, las resoluciones planteadas responden a la primera interpretación, más superficial, pero no afectan a la segunda.

Nos adentramos en el escepticismo moderno con el artículo de José María Sánchez, quien explora las tensiones existentes en la respuesta de Spinoza al escepticismo. De acuerdo con el autor, el pensador de Ámsterdam habría logrado superar las objeciones de circularidad que recibió la solución cartesiana al escepticismo hiperbólico mediante la equiparación de la autovalidación de las creencias verdaderas y el teocentrismo epistemológico. La dificultad reside en probar que la finitud de la mente humana y la infinita sustancia divina están íntimamente conectadas, esto es, que la respuesta al reto escéptico no procede de una divinidad que excede a la razón humana, pues tal solución cartesiana había sido, a su vez, cuestionada. A demostrar esto se consagra el texto, así como a esclarecer algunos aspectos clave de la concepción del conocimiento de Spinoza, como la idea de adecuación de las creencias o la estructura de la duda.

El artículo de Silvia Manzo explora un aspecto particular y poco estudiado del escepticismo moderado de Margaret Cavendish, a saber, la relación entre realidad y ficción en los sueños, y su lazo con la

fantasía. Manzo explica tanto las dimensiones epistemológicas como antropológicas de la concepción del sueño en Cavendish y las sitúa en su pansiquismo materialista. El sueño es entendido por Cavendish como un movimiento remanente de las materias sensible y racional que, en la vigilia, habían producido imágenes de objetos externos. En otras palabras, al soñar recordamos las imágenes creadas en la vigilia, solo que, de modo desordenado, breve y, a veces, como en las pesadillas, extravagante. Pero, al tratarse del mismo tipo de imágenes, no hay un rasgo intrínseco a ellas que nos permitan distinguir el sueño de la vigilia. Sin embargo, Para Cavendish, la incapacidad para distinguir entre realidad y ficción no constituye, en sí misma, un argumento escéptico pues tanto las ficciones de los sueños como las de la poesía tienen una función epistemológica no desdeñable. El artículo, en últimas, nos introduce en la muy compleja y fascinante metafísica monista de Cavendish, en la que la ficción y la poesía permiten al ser humano vislumbrar aspectos de una realidad infinita, sin llegar a tener nunca un conocimiento del todo.

Por su parte, el texto de Plínio Junqueira-Smith trata de probar la unidad del pensamiento de Hume y precisar el papel que en su seno cumple el escepticismo. Frente a las tesis dualistas usuales, que dividen la obra del pensador escocés entre un escepticismo destructivo y un naturalismo o realismo constructivo, el autor muestra que tal interpretación no corresponde realmente con el contexto y sentido del pensamiento humeano. La labor crítica y la constructiva son dos caras de una misma moneda, así que las estrategias escépticas surgen conectadas directamente al proyecto empirista de la ciencia de la naturaleza humana. La apuesta del autor por un Hume escéptico moderado, consciente de los límites de la mente humana, resulta muy valiosa, en la medida en que supera los malentendidos presentes en la mayor parte de las interpretaciones, incluso en aquellas que se pretenden más novedosas.

El artículo de Juan Samuel Santos aborda sugestivamente otro aspecto del escepticismo humeano: la crítica a las facciones políticas que Hume exhibe en sus ensayos. Santos propone que Hume utiliza tres estrategias escépticas y retóricas para atacar los argumentos de las facciones de su momento en Gran Bretaña y morigerar las pasiones violentas que estas alimentan. Dichas estrategias son, en primer lugar, apelar al examen científico de las distintas posturas para mostrar cómo estas se fundan en aspectos psicológicos de la naturaleza humana. En segundo lugar, resignificar el concepto de consentimiento político, mostrando cómo este no se refiere en realidad a un contrato original de la sociedad con su gobernante, sino al reconocimiento tácito de la legitimidad del gobierno y de la necesidad de la obediencia a las leyes.

Finalmente, Hume usa la táctica de la contextualización histórica para mostrar que los distintos partidos políticos del momento desconocen su origen y cómo este los compromete de diversos modos con la constitución de Gran Bretaña. Así, los partidos se ven obligados a aceptar que aquello que consideran diferencias de principio realmente no lo son y a reconocer sus intereses comunes. Con estas tres estrategias escépticas, Hume busca, en la opinión de Santos, “disolver las disputas que distraen y generan innecesaria rivalidad política”, objetivo que concuerda claramente con el propósito escéptico de derrotar los dogmatismos y las pasiones que estos fomentan.

El artículo de Pamela Lastres retoma la obra de Wittgenstein y combina aptamente lo que la autora interpreta como estrategias anti-escépticas de carácter terapéutico, con un repaso de los argumentos del pensador austriaco coincidentes con planteamientos de pragmatistas norteamericanos como Peirce y James. De acuerdo con el texto, muchas de las críticas al escepticismo, que pueden detectarse en el Wittgenstein maduro, hacen eco de ideas y propuestas de Peirce, así como de la metodología de William James. De este modo, una de las ideas centrales del texto, que Wittgenstein habría heredado de Peirce, pasa por cuestionar la vinculación de los argumentos escépticos radicales con la vida de los seres humanos: en la medida en que no tengan ninguna relevancia práctica, las sutilezas escépticas han de desdeñarse. A su vez, esta forma de deconstruir problemas filosóficos vacuos, y de replantear las cuestiones para devolverlas al mundo ordinario, sería uno de los muchos dones que le dejó a Wittgenstein la lectura de *Las variedades de la experiencia religiosa* de William James.

El artículo de Manuel Palacio nos invita a aproximarnos al escepticismo moral contemporáneo a partir de la postura de dos filósofos alemanes bastante poco conocidos en nuestro medio, a saber, Odo Marquard y Wilhem Weischedel. A diferencia del escepticismo contemporáneo anglosajón, que se aproxima a la ética desde una postura epistemológica que problematiza los criterios de verdad de las proposiciones morales, el escepticismo contemporáneo alemán, representado por estos autores, se nutre de la reflexión hermenéutica sobre el lugar del saber histórico en las ciencias del espíritu y recupera el interés práctico del escepticismo antiguo, particularmente del pirrónico. Las propuestas de Marquard y Weischedel apuntan, entonces, a reconocer la imposibilidad humana de obtener justificaciones morales definitivas en una existencia marcada por la finitud y, de este modo, buscan proveer de orientaciones prácticas que, si bien son solo provisionales, permiten alcanzar si no la *ataraxia* de los antiguos pirrónicos al menos algo de serenidad. De ahí el motivo escéptico de la “despedida” en estos autores: el filósofo escéptico se prepara, a través de una serie de

“despedidas” —v.g., de la búsqueda de sentidos últimos, de principios metafísicos, de explicaciones definitivas, etc.— para la despedida final que implica nuestra necesaria mortalidad.

Terminamos la sección de artículos del suplemento con el texto de Catalina González y Allison B. Wolf. Cabe decir que este artículo constituye un aporte muy innovador y significativo, en la medida en que esclarece las razones por las que algunas autoras feministas se han manifestado contrarias al escepticismo, viéndolo como una amenaza. La original propuesta de las autoras del artículo pasa por reivindicar la importancia del escepticismo como herramienta crítica y emancipadora, que puede perfectamente aliarse con el feminismo, siempre que nos centremos en alguna de sus variedades más productivas, como la propuesta de Hume, antes que en otras, quizá paralizantes, como la variedad cartesiana. El artículo examina las posibles objeciones al escepticismo por parte del feminismo, incluso a su propia propuesta de revalorización, y logra dar respuesta argumentada a las inquietudes que esta corriente le suscita, así como ejemplos de aplicación de argumentos escépticos en cuestiones relevantes para dicho pensamiento. Su conclusión abre las puertas a una vía de investigación y colaboración especialmente prometedora.

En la sección de *Diálogos* de la revista, incluimos un sugerente diálogo entre Andrea Lozano y Germán Meléndez sobre el párrafo 213 de “El viajero y su sombra” de *Humano demasiado humano* de Friedrich Nietzsche. Por supuesto que, en un suplemento sobre la tradición escéptica, no podía faltar una contribución sobre el maestro de la sospecha, y la amable conversación que nos ofrecen Lozano y Meléndez no solo es una feliz reflexión sobre la conjunción entre escepticismo y diálogo, sino también un esfuerzo por revitalizar el quehacer filosófico con la búsqueda de otros géneros de discusión, más afines a un espíritu colaborativo y amigable, que a la tradicional exposición de argumentos concebidos solitariamente o en descortés confrontación con otros. Esperamos que el lector disfrute de la bella conversación con la que culmina este número.

Finalmente, el suplemento, dedicado al escepticismo en sus diversas modulaciones y temáticas a lo largo de la historia, concluye con tres reseñas de libros publicados en inglés y español por autores americanos, lo que muestra la vigencia de los estudios sobre el escepticismo en la actualidad. Todos los libros reseñados se hacen eco de las distintas corrientes del escepticismo en el mundo antiguo, y atienden también a sus transformaciones modernas y contemporáneas. Así, la actitud dubitativa y crítica por la que nos interesamos en este volumen parece más pertinente que nunca, y lo más verosímil es que siga ejerciendo su influencia sobre la filosofía en el futuro, igual que lo hace en el presente

y lo hizo en el pasado. Pues, como señalaba un reconocido investigador brasileño, Oswaldo Porchat, pionero de tales estudios en América latina, todavía podemos ser escépticos.

CATALINA GONZÁLEZ QUINTERO  
Universidad de los Andes - Bogotá - Colombia  
*cgonzale@uniandes.edu.co*

VICENTE RAGA ROSALENY  
Universitat de València - Valencia - España  
*vicente.raga@uv.es*